

C. JUNCO DE LA VEGA.

SONETOS.

PROLOGO DE

D. José López-Portillo
y Rojas.

Q7297
J8
6
904

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

PQ 729 7

J8

6

904



1020133504

C. JUNCO DE LA VEGA.

SONETOS.

PROLOGO DE

D. José López-Portillo
y Rojas.

*Propiedad de D. P. M.
Versos de D. C. J. V.
Obsequio de el.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

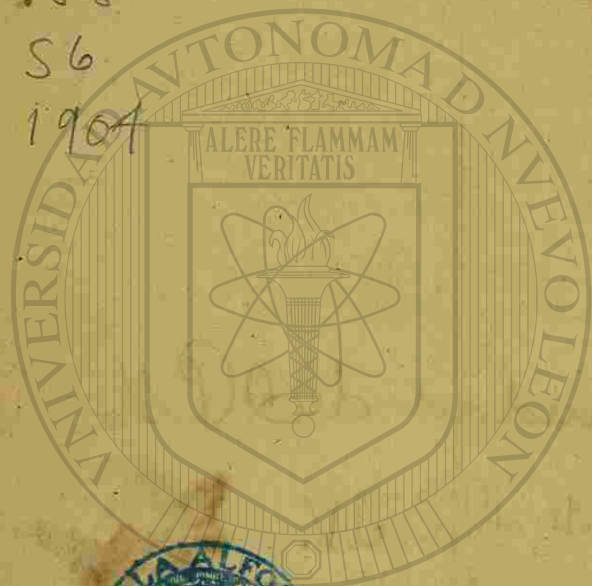
0137 - 64160

PA7297

J 8

S 6

1907



FONDO
PEREZ MALDONADO

DOS PALABRAS.

EL inspirado poeta tamaulipeco Junco de la Vega no necesita presentación, ni padrinos que le recomienden al público, pues largo tiempo hace se ha presentado y recomendado por sí solo á la soberana y temible colectividad, por medio de valiosas producciones en prosa y verso. Mi objeto, pues, al trazar estos renglones, no es el de dármelas de introductor de altos personajes, pues para ello me faltan garbo y elegancia; sino sólo el de confiar á las cuartillas que voy borroneando, las impresiones que me ha dejado la lectura de esta colección de sonetos. Nadie me negará que

importa un goce verdadero comunicar á los demás, impresiones sinceras y hondamente sentidas.

Me maravilla la soltura con que el poeta maneja el soneto, forma poética bellísima, de altas recomendaciones estructurales y eufónicas, y en sumo grado tentadora para cuantos pulsan la lira; y tanto más me sorprende, cuanto que dicha forma, bajo su aparente sencillez, entraña dificultades y exigencias de gran tamaño, como golfo azul lleno de bancos, sirtes y escollos. Todos convienen en que un solo soneto inspirado y bien hecho, puede ser suficiente para labrar la reputación de un poeta. Lupercio y Leonardo de Argensola deben su gran nombradía á los admirables que escribieron, y D. José María de Heredia la basa principalmente en la clásica destreza con que se consagra á este difícil género de poesía. Junco de la Vega se va bonitamente por esos mundos haciendo soneto tras soneto, todos hermosos, con la mayor facilidad, como quien juega al huevo de Juanelo, sin que se observe la menor fatiga en su estro, ni en su rima, ni en su dicción. Es para llenarse uno de envidia.

Para que se vea hasta qué punto el poeta ha domina-

do las dificultades de esa combinación métrica, no hay más que echar un vistazo á los cinco sonetos que ha escrito suprimiendo alternativamente una ú otra de las cinco vocales de nuestro abecedario; y, esto, sin que las composiciones parezcan forzadas, oscuras y faltas de asunto. Convengamos en que es un *tour de force* del que pocos podrían salir bien librados. *Mecánica cerebral*, dice Junco procurando disminuir el mérito de tales hazañas; pero mecánica, en suma, que está al alcance de bien pocos. La medida del verso y los consonantes no constituyen la poesía, sino el talento, como donosamente lo ha dicho Ricardo Palma:

¿Es arte del demonio ó brujería
Esto de escribir versos? (le decía
No sé si á Calderón ó á Garcilazo
Un mozo más sin jugo que el bagazo.)
Enséñeme, maestro, á hacer siquiera
Un oda chapucera.
—Es preciso no estar en sus cabales
Para que un hombre aspire á ser poeta;
Pero, en fin, es sencilla la receta.
Forme Ud. líneas de medida iguales

Y luego en fila las coloca juntas
Poniendo consonantes en las puntas.

—¿Y en el medio?—¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
¡Hay que poner talento!

Y eso es precisamente lo que el poeta ha puesto en medio de sus líneas de igual medida, colocadas en fila y con consonantes en los extremos.

Hace como nueve años salieron á luz esos juguetillos ingeniosos, suscritos con el pseudónimo *Martín de San Martín*, en un semanario neoleonés llamado "El Grano de Arena"; y por cierto que fueron *fruto de una apuesta*, nada aciago, por fortuna, como el de la novela de Navarrete. De entónces acá, no ha cesado de reproducirlos la prensa nacional, siempre con la misma firma. Ahora va á sorprenderse el público al saber que no hay tales carneros, digo, que no hay tal Martín de San Martín.

*
* *

Trabé conocimiento literario con el eximio poeta cuando, con motivo de un concurso de Sonetos abierto en Guadalajara por "El Correo de Jalisco", tuve la honra de figurar como jurado en el certamen, al lado de altos poetas y literatos jaliscienses. Entonces resultó premia-

do el soneto de Junco titulado "A Hidalgo" que forma parte de esta colección, y es hermosísimo. Al leer el nombre del autor, creí, de pronto, que fuese otro pseudónimo, pues le hallé harto pintoresco y artificioso para verdadero; mas personas que conocían al poeta, me sacaron del error. Entonces afirmé de la manera más rotunda que ese nombre estaba predestinado á la celebridad, tanto por las dotes relevantes del poeta que le llevaba, como por su hermoso simbolismo. Mi imaginación, en efecto, me representaba al pronunciarlo, fértil llanura, tal vez á la orilla de un río, donde se levantaba tallo flexible y esbelto, balanceándose á impulsos de la brisa. Siempre he tenido la preocupación de que los hombres que han de hacerse notables, nacen consagrados para ello hasta por el nombre. Y recorro la lista: Shakespeare, Byron, Lamartine, Musset, Schiller, Metastasio, Camoens, Cervantes, Campoamor, todos ellos suenan musical y gloriosamente á mis oídos. ¿O será que me embelesan inductivamente, porque admiro á los vates que los han llevado? Sentiría que así fuese, porque esto echaría por tierra mi teoría, y ¡he inventado tan pocas!

Por lo que hace á Junco de la Vega, he logrado salirme con la mía, pues á la hora presente es ya una celebridad nacional y sus poesías dan la vuelta por la prensa de México y de los Estados; en tanto que él mismo mantiene cariñoso comercio literario con la *alta crema* de nuestros poetas y escritores.

*
* *

Los sonetos que en este libro se registran, pertenecen á casi todos los géneros poéticos. Además de uno ú otro gracioso, los hay aquí patrióticos, filosóficos, descriptivos y amorosos; todos inspirados y de elegante factura. Mas no siendo posible que un poeta se eleve en todos sus cantos á la misma altura, si hubiese yo de decidir en cuál de esos géneros sobresale más el estro del autor, me pronunciaría resueltamente en favor del amoroso. El mismo Enrique González Martínez, que es quizás quien escribe mejores sonetos en la República, se envanecería de poner su firma al calce del titulado

A L B A .

La ilusión es un ave que se ufana
De vivir en ambiente luminoso;

Y tiene en tí mi espíritu amoroso
La claridad de que su dicha emana.

Con el primer fulgor de la mañana
La turba alada en el follaje umbroso
Despierta alegre, y su trinar gozoso
Se extiende por el bosque y la sabana.

Tu imagen es, para mi ser, trasunto
Del alba azul que en el confín clarea
Despertando á los pájaros cantores.

Sereno surges ante mí, y al punto
La parvada de sueños aletea
Y al viento lanza su canción de amores.

Esto no significa que no tengan subidos quilates los pertenecientes á otros géneros, como los del descriptivo. El titulado *La Rosa*, parece un *lied* alemán. No puedo resistir la tentación de transcribir aquí el nombrado

ACUARELA. [®]

A lo lejos la abrupta serranía
Empinando su mole de gigante;
El sol como corona de diamante
En áureos chorros derramando el día;

De los vientos la ronca sinfonía;
El bosque atrás y el peñascal delante;
Luego la catarata resonante
Loca destorrentándose y bravía.

Y bajo aquella pompa, en la llanura,
Un hálito de paz y de frescura:
El tintín de la esquila en la aldehuela,

Del palpitante arroyo los rumores,
La sonata rural de los pastores
Y el balar de la cándida ovejuela.

Para quien conozca el panorama de Monterrey, que fué indudablemente el que inspiró la poesía, tendrá ésta un sabor más pronunciado y un encanto más profundo. Nada, en efecto, comparable con aquel paisaje á la vez hermoso é imponente. Las montañas que rodean á la ciudad neoleonesa, enormes, de color de ocre, de caprichosa y nunca vista forma, impresionan vivamente la imaginación; y el sol que sobre ellas sale ó se pone, forma extraños efectos de luz en sus picachos plutónicos. A la vista de esas serranías majestuosas, debe haber surgido rápido, esplendente y de una pieza el soneto, cuya

parte final describe con artístico contraste, la paz y la dulzura del valle que se extiende al pié de los colosos.

Obra fué de dos brillantes musas reunidas ese cuadrito encantador. Hiciéronle á dúo Junco de la Vega y el laureado poeta Manuel José Othón, honra preclara de México, inspiradísimo cantor de la naturaleza, y grande, noble y muy querido amigo mío. Así lo declara Junco en breve nota explicativa.

Es Junco muy dado á este género de torneos líricos, y gusta, siempre que está en compañía de algún fabricante malo ó bueno de versos, proponer improvisaciones sobre temas del momento, ó elaboración de poesías por contribución alternada de uno y otro artífice. Entonces puede observarse su facilidad asombrosa para versificar; yo creo que sería capaz de hablar en verso toda una semana. Para él no hay obstáculo insuperable ni serio, ni en la medida, ni en la rima, ni en el acento. Salva con la mayor sencillez los escollos y sabe dar á cualquier asunto, por trivial que parezca, giros nobles é inesperados que lo trasforman y dignifican de súbito. Y suele suceder que lo que comienza por simple pasatiempo y motivo de jácara y alegría, termine por la producción de una brillante joya literaria.

La alianza de Othón y Junco para hacer el soneto, debe haber sido una constante vibración de fulgores, como la que produce el choque del hierro con el peder-nal; y puede creerse que la *Acuarela* haya sido termina-da en un instante y como quien no quiere la cosa, dada la alteza del numen de sus autores y su absoluto domi-nio sobre el arte de la versificación.

La fuente purísima de la inspiración de Junco está en su corazón. Fuera difícil encontrar otro más sensi-ble, recto y sincero que el suyo. Cuando, hace un año, conocí personalmente al poeta en Monterrey, ciudad donde reside, y le ví en medio de su hogar, que Dios bendiga, rodeado de su dulce y bella esposa y de sus hi-jos tan hermosos y sonrosados como los ángeles de Mu-rillo, me pareció ver un rey cercado por corte brillante y gloriosa. A su casa iba á refugiarme de mis penas, y á recordar, suspirando, pasadas y castas dichas, semejan-tes á las suyas, que gocé *en otro tiempo, cuando Dios quería*. Entonces comprendí por qué era poeta Junco, porque ama y es amado; y ¿qué musa más inspiradora de cantos que el amor y la dicha? Junco derrama en sus composiciones el licor de que está llena su copa; su poe-

sía es reflejo de su alma esplendente; sus versos son la irradiación de su felicidad. Dígalo ó nó, su lira halla sus mejores notas en la celebración de sus alegrías ínti-mas. Son de su Elisa los

OJOS AZULES.

¡Cuán límpido el azul de los serenos
Ojos que Dios en tu semblante quiso
Cual reflejo poner del paraíso
A que aspiran las almas de los buenos!

Así de gracia y de inocencia llenos,
Quien su fulgor recibe, de improviso
Siente en su ser el misterioso aviso
De ignotos mundos al dolor ajenos.

Si anuncias á los míseros mortales
La excelsitud de una inmortal aurora
Con lo azul de tus ojos celestiales,

Deja que en esa luz de tu mirada
Se purifique el alma pecadora
Para alcanzar la eternidad soñada.

Es también su bella y santa compañera quien forma su

I D E A L .

Yo tengo para tí cuanto condensa
El culto sacro que lo bello inspira,
Y sólo á celebrarte el alma aspira
Feliz con tu piadosa recompensa.

Fuera á mi noble adoración ofensa
En otros sueños inspirar mi lira,
Y de tu imagen dulce en torno gira
Todo aquello que en mí palpita y piensa.

¡Cerebro y corazón! ¡Eternas fuentes
De donde el bien ó el mal deriva el hombre!
Las mías dilataron sus corrientes,

Como límpido espejo rumoroso,
Por copiar tu beldad, cantar tu nombre
Y arrullarme en un sueño delicioso.

Sus hijos, por otra parte, hacen flamear su inspira-
ción, como él mismo lo confiesa cuando les dice con vo-
ces cariñosas y musicales:

Nunca en mi corazón labró más viva
Su huella el arte, que al cantar amores;
Y sois vosotros palpitantes flores
Que con fervor mi adoración cultiva.

Estamos, pues, oyendo á este poeta, muy lejos de
Byron, de Musset y de Espronceda, que bebieron su es-
tro en fuentes emponzoñadas y cantaron himnos al pla-
cer y á la orgía, y muy lejos de *Manfredo*, *Rolla* y el
Diablo Mundo; y muy cerca de Alfredo Tennyson y de
la *Encina que habla* y de *Locksley Hall*, por la sereni-
dad de la inspiración y por la celeste suavidad del canto.

Junco se hace admirar tanto como querer por sus ver-
sos, pues debajo del poeta de altos vuelos, se admira en
su estilo al caballero bueno y leal. Y la conjetura no es
ilusoria en verdad, pues la existencia de este vate, lím-
pida y laboriosa, simétricamente se divide entre el tra-
bajo (es empleado de un Banco), la familia y la poesía,
manteniéndose ajena á toda lucha impura de la livian-
dad, de la envidia ó de la ambición. Así ha logrado ver-
se rodeado de consideración y de respeto en la sociedad
donde florece, y vivir en una atmósfera blanca y lumi-

nosa de sencillez y de ensueño. Nada le retrata mejor que su soneto

TU REPROCHE.

Dices que débil soy porque me plaño
Al sentir de la suerte el rudo embate.
¿Qué quieres? No nací para el combate
Y me hiere en el alma un desengaño.

Vivir no puedo á la desdicha extraño;
Siempre al dolor mi espíritu se abate;
Y habrá de ser inútil que yo trate
De hallar vigor ante mi propio daño.

Débil, sí; mas ni el odio ni la envidia
Me inspiraron su audacia y su perfidia:
Hacia la luz mi voluntad dirijo.

Sé consolar al triste, honrar al bueno,
Que ni me dá dolor el bien ajeno
Ni del ajeno mal me regocijo.

¡Y lo más hermoso de esta poesía es que dice la verdad! Así es Veguita, como le llamamos cariñosamente

sus amigos, un espíritu recto y pujante, que vive del ideal, y que vá en constante ascensión hácia las cimas!

Cierro el libro después de haber recorrido sus dulces páginas. Vibrante de emoción, me figuro tener delante de mí al inspirado cantor que las trazó, y me levanto para estrecharle en mis brazos. ¡Grande y buen amigo, reciba Ud. de mí lo que tanto merece: cariño, aplauso y admiración!

José López-Portillo y Rojas.

México, Abril 3 de 1904



ACUARELA. (1)

A lo lejos la abrupta serranía
empinando su mole de gigante;
el sol como corona de diamante
en aureos chorros derramando el día.

De los vientos la ronca sinfonía;
el bosque atrás, y el peñascal delante;
luego la catarata resonante
loca destorrentándose y bravía.

Y bajo aquella pompa, en la llanura,
un hálito de paz y de frescura:
el tintin de la esquila en la aldehuela,
del palpitante arroyo los rumores,
la sonata rural de los pastores,
y el balar de la cándida ovejuela.

(1) Escrito en colaboración con el ilustre autor de "Poemas Rústicos,"
Manuel José Othon.

A HIDALGO.

No es baldón para España la grandeza
que admira en tí la tierra americana;
contra la fiera hueste musulmana
luchó la Iberia con viril firmeza.

Inmortal de Pelayo es la proeza,
como inmortal tu audacia soberana:
triunfadora se alzó la cruz cristiana;
venció México al fin por su entereza.

Si fué de libertad el mismo anhelo
el del pueblo español y el pueblo indiano,
que eterna viva en el ibero suelo

la memoria del héroe castellano,
cual la tuya es eterna bajo el cielo
que cubre al continente americano.

LA LENGUA.

A Rafael de Alba.

Cuando ternezas del amor regalas
¡cuál deleita tu música armoniosa!
Y cómo el alma se estremece ansiosa
cuando la queja del dolor exhalas!

El verbo tiene en tí radiantes galas
cuando la libertad cantas gloriosa;
blanda en el ruego, en la pasión, fogosa,
el mundo llenas con sonoras alas.

Te mueve la oración, y en vuelo vago
ascienden los espíritus de aquellos
que sueñan de otra vida al dulce halago.

¡Lástima que sus jugos venenosos
te dé el áspid también, y caigan ellos
sobre los corazones generosos!

VIDA.

¡Oh milagrosa fuente que escondida
la savia llevas de la vida humana,
no temas, nó; que imbécil por liviana
no á profanarte mi oración convida!

Por tí, la hembra en madre convertida,
vida al retoño, en que su amor se afana,
brinda entre goces íntimos, ufana
de darle vida con su propia vida.

Con el regazo maternal por cuna,
más deleitosa y blanda que otra alguna,
del espeso licor azucarado

el tierno infante apura embebecido;
torna en blanco los ojos, y sumido
queda á la postre en sueño sosegado.

PERFIDO.

Sí: la pasión del envidioso es menos
execrable pasión, siéndolo tanto;
porque ella solo da rabia ó quebranto
con la victoria y el placer ajenos.

Labran su propio daño los que llenos
de envidia se retuercen; pero ¡cuánto
de cobarde y bestial en el encanto
con que amargas la vida de los buenos!

La dicha de los otros no te daña:
eso fuera causar tu desventura
sin alcanzar la desventura extraña.

Tu gloria es verte ileso tras la lidia;
y en el alma mejor, en la más pura,
ahí asesta su golpe tu perfidia.

LA ROSA.

Frente á la reja en que su rostro asoma
la morena beldad que le fascina,
bizarramente en su corcel camina
mozo que el brío de la bestia doma

Viendo al ginete, la doncella toma
una gallarda rosa purpurina
que sobre aquella cabellera endrina
lució sus galas y esparció su aroma.

La arroja hacia el mancebo venturoso
que la recoge con certera mano
y agita al sol como triunfal presea.

Besa luego la dádiva amoroso
el rendido galán, mientras ufano
su arrogante corcel caracolea.

“Nuestras vidas son los ríos”.....

Al Julio G. Arce.

Sereno brota el manantial luciente,
y en su curso se agranda rumoroso;
copia lo azul del cielo majestuoso,
y oro sus ondas son al sol naciente.

Ya flores y verdor su orilla ostente,
ya lo limite pedregal lamoso,
tornado en ancho río caudaloso
lleva hacia el mar su rápida corriente.

Así la vida. Acrece sus raudales;
dora el placer sus límpidos cristales;
copia lo azul por la ilusión fingido;

y ya le ciña flores la esperanza,
ya le oprima la duda, al fin se lanza
en el mar de la muerte y del olvido.

UN POETA.

Cincelador del verso castellano
su dicción es al par vibrante y pura,
y convierte en helénica escultura
cada estrofa salida de su mano.

Agiganta con vuelo soberano
lo que el arte le inspira ó la hermosura,
y con la intensa cláusula fulgura
hermoso y limpio el pensamiento humano.

Cual paciente escultor que mármol labra,
artífice sutil de la palabra,
él sobre el verbo sin piedad golpea:

y así su musa nítida y brillante
finge una nueva Venus palpitante
surgiendo de otro mar: el de la idea.

BLANCA.

Al Sr. Lic. José López-Portillo y Rojas.

La sonrisa de un ángel en la cuna
vuelve á traerte ráfagas del cielo:
¡las mismas que aspiraste con anhelo
en horas que alegraba tu fortuna!

Vástago de un hogar al que se aduna
el tuyo, herido por amargo duelo,
has de sentir tu corazón de abuelo
como inundado en claridad de luna.

Cual símbolo de paz y de pureza,
BLANCA habrá de llamarse, de igual suerte
que la noble mujer de quien arranca.

¡Prolongue Dios la vida que hoy empieza;
y ella en la bruma á descubrir acierte
siempre una luz, como su nombre, blanca!

TRAS LA BORRASCA.

Ya sé lo que es naufragio,
y el ancla eché en el puerto,
Juan Clemente Zenea.

A Enrique González Martínez.

Perdidos en la sombra los juveniles días,
cuando ganar el lauro soñó mi audacia loca,
en vano el noble acento de tu cariño invoca
arranques generosos de aquellas energías.

Del ritmo y de la forma domé las rebeldías,
—ya sé que á torpe burla mi confesión provoca;—
mas ¡ay! que cual simiente caída en agria roca
fue la simiente inútil de las estrofas más.

Lancé mi barca en busca de plácida ribera,
y su oleaje hinchando la mar potente y fiera
mostró el oscuro vórtice bajo mis pies abierto

Hoy á la lucha extraño y en ignorado ambiente,
lo que el poeta mártir repetiré doliente:
ya sé lo que es naufragio, y el ancla eché en el puerto.

IDEAL.

Yo tengo para tí cuanto condensa
el culto sacro que lo bello inspira;
y solo á celebrarte el alma aspira,
feliz con tu piadosa recompensa.

Fuera á mi noble adoración ofensa
en otros sueños inspirar mi lira,
y de tu imagen dulce en torno gira
todo aquello que en mí palpita y piensa.

¡Cerebro y corazón! Eternas fuentes
de donde el bien ó el mal deriva el hombre!
Las más dilataron sus corrientes,

como límpido espejo rumoroso,
por copiar tu beldad, cantar tu nombre
y arrullarme en un sueño delicioso.

CULTO ETERNO.

¡No tu criterio artístico secundo!
Porque pasó la juventud florida
¿he de apagar la llama que encendida
Amor dejó del alma en lo profundo?

Yo los ensueños de la vida fundo
en la suprema adoración, rendida
á la mujer, imán de nuestra vida
que tan rápida pasa por el mundo.

No neguemos el culto á tal grandeza.
Deja que el corazón avaro guarde
sus recuerdos de amor y de terneza

y de ellos haga en su lirismo alarde....
Para cantar la femenil belleza
nunca en el alma del poeta es tarde.

NOCTURNA.

Noche de cielo azul, sin nube alguna
que tienda en él su vaporoso velo,
y en la apacible inmensidad del cielo
como divina lámpara la luna.

Cuadro de excelsa paz, que no se aduna
al espíritu triste y sin consuelo
que en la lóbrega noche de su duelo
gime al golpe traidor de la fortuna.

A mis ojos luciente panorama,
y á mi oído la onda tremulante
que en halagüeño arrullo se derrama.

Pero ¡ay! al alma, que en lo oscuro brega,[®]
ni se prende una chispa de diamante,
ni plácido el rumor del aura llega.

TU REPROCHE.

Dices que débil soy porque me plaño
al sentir de la suerte el rudo embate.
Qué quieres; no nací para el combate
y me hiere en el alma un desengaño.

Vivir no puedo á la desdicha extraño;
siempre al dolor mi espíritu se abate;
y habrá de ser inútil que yo trate
de hallar vigor ante mi propio daño.

Débil, sí; mas ni el odio ni la envidia
me inspiraron su audacia y su perfidia:
hacia la luz mi voluntad dirijo.

Sé consolar al triste, honrar al bueno:
que ni me da dolor el bien ajeno,
ni del ajeno mal me regocijo.

LA HORDA.

No: la tormenta no se avecina;
no vibra el rayo y el trueno asorda:
¡es la caterva mendaz que aborda
la estulta empresa de hender la encina!

Mira cuál surge, crece y se empina,
y cómo en odio hierve y desborda.
Deja que airada rúja la horda
y en tí se ensañe torpe y mezquina.

Contra el que limpio su honor ostenta
sobre la cima donde se asienta,
en balde labra ruin trabajo

Y cuando cese la lid bastarda,
verás que todo su sitio guarda:
¡tú, allá en la cumbre! ¡la horda, abajo!

A JESUS.

Filósofo en los campos de Judea,
Mártir sobre la cumbre del Calvario,
tu nacer en pesebre solitario,
de la humildad enalteció la idea.

Fuerza es que el culto de tu nombre sea
eterno, de la vida al curso vario:
la humanidad en su existir precario
la cruz al hombro, como tú, pasea.

Mas ¡ay! tu ejemplo de humildad fué inútil:
no lo siguió la humanidad que en fútil
labor de pompa y de poder se afana.

Siempre en la red de su ambición cautivo,
torpe el mortal, á tu doctrina esquivo,
como ayer y cual hoy será mañana.

A mi hija Berta.

Ya surgiste á la vida de la tierra;
ya te miro en la cuna, niña mía;
y aunque en tu casta forma se extasía
mi corazón, tu porvenir me aterra.

Con el dolor y la maldad en guerra
¡ay! como todos, vivirás un día;
cuando sepas cuán breve es la alegría
que en el humano espíritu se encierra.

No bastará el poder de mis amores
para torcer el rumbo á tu destino;
herencia de la vida los dolores,

mal de mi grado irás por un camino
cubierto con erizos punzadores.
¡Esa es la eterna ley: del cielo vino!

OJOS AZULES.

¡Cuán límpido el azul de los serenos
ojos que Dios en tu semblante quiso
cual reflejo poner del paraíso
á que aspiran las almas de los buenos!

Así, de gracia y de inocencia llenos,
quien su fulgor recibe, de improviso
siente en su sér el misterioso aviso
de ignotos mundos al dolor ajenos.

Si anuncias á los míseros mortales
la excelsitud de una inmortal aurora
con lo azul de tus ojos celestiales,

deja que en esa luz de tu mirada
se purifique el alma pecadora
para alcanzar la eternidad soñada.

AL SUEÑO.

No por ser tú "la imagen de la muerte"
pavor infundes á la humana vida;
tu paz, antes ansiada que temida,
piadoso olvido en los mortales vierte.

Al que debió venturas á la suerte
y al que de ella sintió traidora herida,
á todos tu regazo les convida,
y nivelas al débil con el fuerte.

¡A todos Y qué dulce la esperanza
de sentir tu caricia! ¡Cuán hermosa
la infinita piedad que en tí se encierra!

Y cómo nó, si hasta el malvado alcanza
tregua al remordimiento que le acosa,
cuando tu amor los párpados le cierra!

Al pensamiento.

Para Juan B. Delgado.

Te prestan: el arte, galas;
música la poesía;
el verbo su gallardía;
y la inspiración sus alas.

Nuestros oídos regalas
si te mueve la alegría,
é infundes melancolía
si voces de angustia exhalas.

Ya iracundo ó fervoroso,
ora grave, ora animoso,
no hay dique para tu anhelo.

Vibras, deslumbras, te elevas
y dominas; pues que llevas
fuerza y pompa, ritmo y vuelo.

AMOR.-(1)

¡Ya puedes comprender qué mal juzgada
por los humanos tu existencia ha sido!
Ciego te pintan todos, y nacido
fuiste siempre á la luz de una mirada.

Te califican de cobarde, y nada
más audaz que tu esfuerzo decidido;
mudo también te llaman, y al oído
no hay, cual tu acento, voz tan regalada.

En cambio—¡ve si el hombre es caprichoso!—
Paz te atribuye, y turbas el reposo;
Dios te proclama, y vémoste desnudo;
te juzga Rey, y no ciñes corona
Pero qué importa, si la vida entona
himno eterno al COBARDE, al CIEGO, al MUDO!

(1)—Modifico en este Soneto elementos
de una décima ya conocida.—

EL GRUPO

(De un Cuento de Paul Feval.)

I.

Es la comarca de Viñol.—Hirviente,
rebasando sus márgenes el río,
desborda sobre valle y caserío,
ruina y pavor sembrando su corriente.

No hay dique alguno al bramador torrente;
y bajo oscuro cielo, en el vacío
se pierde el congojoso vocerío
implorando piedad inútilmente.

Ya el agua asciende á la rural capilla
que alzada en un montículo de arcilla,
refugio á la espantada muchedumbre

prestara entre los muros de su torre.
Mas todo en vano ha sido; que al fin corre
el raudal inundando la techumbre.

II.

¿Qué fué entonces de Amel y de Fenora
con su tierro Raúl, á quien celeste
manto vistieron, como sacra veste,
en ofrenda á la Virgen protectora?

En sus hombros Amel, á la que adora
sostiene en alto, por que en tanto apreste
los suyos ella á su Raúl, y á éste
no ahogue la creciente asoladora.

La Virgen deja el templo al inundarse;
cruza el espacio, y mira destacarse
al niño que en su manto honrarla supo.

Vuela á salvarle; pero en vano ha sido;
que del amor ante la fuerza unido
petrificóse el angustiado grupo.

PERDURABLE.

Te negó la fortuna los primores
de la belleza corporal que ufanos
persiguen los amantes cortesanos
y cantan los gallardos trovadores.

Si del amor soñaras con las flores
¿tus sueños no serían sueños vanos?
¡Es tan difícil, ¡ay! que en los humanos
un rostro sin belleza inspire amores!

Pero á tales encantos vive ajena
el alma tuya de virtudes llena,
nunca afligida ante tu adversa suerte;

pues sabes que del rostro la hermosura
ní aun al tiempo resiste; y que fulgura
la del alma por cima de la muerte.

Los viejos peregrinos.

Nó, poeta, no es cierto que al hastio
del viejo peregrino de la tierra,
el fatigado corazón encierra
las mudas soledades del vacío.

Lo que fuera ilusión, y anhelo y brío,
—es verdad—á las almas no se aferra:
de la vejez al soplo se destierra
y de ella en derredor hay sombra y frío.

Mas en aquellos mismos corazones
donde anhelos, y bríos é ilusiones
hubo al calor de juveniles años,

arrojará del tiempo la corriente
—tortura á toda ancianidad viviente—
¡tristes memorias, negros desengaños!

Leyenda húngara.

Al patíbulo asciende audaz, sereno,
el húngaro gentil que allá en la altura
divisa envuelta en alba vestidura
á la mujer que le llevó en su seno.

El traje aquel es signo de que ajeno
á venganzas el rey, cede y la dura
sentencia se revoca. ¡Qué apostura
la del mancebo de esperanzas lleno!

Mas sobre el cuello del doncel de Hungría
el hacha del verdugo al fin caía.

¿Y el traje blanco?..... Solo es un alarde

de orgullo en una madre que no quiere
ver que temblando en el cadalso muere
el hijo de su amor cual un cobarde.

A los héroes de 1810.

El siglo que al comienzo de su historia
os vió blandir el fulminante acero,
abriendo paso al siglo venidero,
pronto será en el mundo una memoria.

Hoy viene á recordar vuestra victoria
de la centuria actual el mes postrero,
en que á la voz de Hidalgo iba altanero
un pueblo á la conquista de su gloria.

Mas no es solo del siglo diez y nueve
la noble hazaña á que la patria os mueve
al proclamar la libertad del hombre.

Mientras el sol sus esplendores vibre
y palpite en la tierra un pecho libre,
el eco sonará de vuestro nombre.

Stbre. de 1900

Las hojas caídas.

(De un Cuento Infantil.)

I

Una tarde otoñal, hállase Rosa
trepada sobre un árbol, á hurtadillas,
y corre por sus pálidas mejillas
el llanto de la pena que la acosa.

Rapazuela vivaz y cariñosa
tiene repleto de hojas amarillas
un lienzo colocado en sus rodillas,
y una aguja en la diestra primorosa.

La ve de pronto el jardinero anciano,
y le tiende solícito la mano,
mal ocultando su emoción no escasa.

—¡Que te vas á caer!—grítale presto;
baja, te ayudaré; pero ¿qué es esto?
¡Llorando estás, chiquilla! ¿Qué te pasa?

II.

—¡Llorar! Y cómo nó con lo ocurrido;
si desde anoche se enfermó *mamita*,
y esta mañana á hacer una visita
á toda prisa el médico ha venido.

Dice que el caso es grave, ya lo he oído;
y al pobre de papá nadie lo quita
de junto al lecho ahora, y con su cuita,
es naturaltambien yo me he afligido.

Luego agregó el Doctor: "Si el mal no cede,
á la caída de las hojas puede
ser el caso mortal." Y Dios me inflama;

pues descubro que es facil el remedio.
Para que no se caigan hallé un medio:
ir cosiendo las hojas á la rama

A mis hijos.

Nunca en mi corazón labró más viva
su huella el arte que al cantar amores;
y sois vosotros palpitantes flores
que con fervor mi adoración cultiva.

¡Cuán intenso deleite me cautiva
ante vuestra ventura; y qué temores
los del alma, si pienso en los rigores
de la fortuna á vuestro bien esquivar!

Aun al veros así, que en torno mío
desvaneceis las brumas del hastío,
no plena dicha el corazón alcanza.

En él su acíbar el recuerdo vierte
de las dos almas tiernas que la muerte
arrebató á mi amor y á mi esperanza.

ESTIVAL.

Como salido de una hornaza, el viento
olas de lumbre en el espacio agita
¡Ni la nube más tenue en la infinita
tersura de cristal del firmamento!

Mientras el sol, de su inhollado asiento
candente luz á plomo precipita,
el manantial con su frescor excita
al cuerpo en perezoso enervamiento.

Ahí un saúz elévase frondoso
y da sombra á un gañán que sosegado
duerme á la orilla del raudal undoso;

en tanto que se mueve y espejea,
brunido al sol, el dorso bronceado
de un rapaz que en el agua chapotea.

ESTATUA.

Nadie la palma logró
de tu amor. Es tu hermosura
la de marmórea escultura
que hábil mano cinceló.

No pudo el artista, nó,
animar la piedra dura,
primor de forma y albura
que almas y ojos fascinó.

Y no asombra que en tu calma
ninguna emoción secreta
arranque á tu amor la palma;

ni exista alma de poeta
capaz de moverte el alma
dura y fría, muda y quieta.

ALBA.

La ilusión es un ave que se ufana
de vivir en ambiente luminoso;
y tiene en tí mi espíritu amoroso
la claridad de que su dicha emana.

Con el primer fulgor de la mañana
la turba alada en el follaje umbroso
despierta alegre, y su trinar gozoso
se extiende por el bosque y la sabana.

Tu imagen es, para mi sér, trasunto
del alba azul que en el confin clarea
despertando á los pájaros cantores.

Serena surges ante mí, y al punto
la parvada de sueños aletea
y al viento lanza su canción de amores.

EL BESO.

(A Manuel José Othon.)

I.

Tras la montaña occidental, su disco
sepulta el sol de vívida escarlata,
mientras la luna, como flor de plata,
asoma ya sobre el opuesto risco.

Membrudo mozo de semblante arisco,
entonando una rústica sonata
que triste por los campos se dilata,
conduce las ovejas al aprisco.

Súbito, de un arroyo en el barranco,
una recia muchacha yergue el busto
que mal cubre un jubón de lienzo blanco.

Se torna al verla en plácido y travieso
del fornido pastor el rostro adusto,
y hacia ella corre por hurtarla el beso.

II.

Y la caricia arrebató á la bella
que trás de hundir en la corriente clara
su airoso cuerpo de hermosura rara,
más tentadora en su esbeltez descuella.

Pasaron muchas tardes como aquella,
sin ceder á las súplicas, avara
siempre del don de la divina cara,
terco el mozo, indomable la doncella.

Mas ya la hermosa resistir no pudo,
y entre las manos del pastor nervudo
quedó sujeto el rostro antes huraño.

Y al sonar aquel beso apetecido,
oyóse allá á lo lejos el balido
entrecortado y triste del rebaño.

SIN A.

El sol en el cenit tiene esplendores;
tiene hermosos crepúsculos el cielo,
el ruiseñor sus trinos y su vuelo,
corriente el río, el céfiro rumores.

Tiene el iris sus múltiples colores;
todo intenso dolor tiene consuelo;
tienen mujeres mil pecho de hielo,
y el pomposo verjel olientes flores.

Tienen sus religiones los creyentes;
tiene mucho de feo ser beodo;
tiene poco de pulcro decir MIENTES.

Todo lo tiene el que lo tiene todo;
y tiene veinte mil inconvenientes
escribir los sonetos de este modo.

SIN E.

Con ojillos oscuros, luminosos,
ambas tan blancas como dos palomas,
cruzando prados y salvando lomas
hoy las ví con dos pícaros gomosos.

Iban con ambas pollas orgullosos
cortándolas aquí jugosas pomas,
dándolas más allá lícitas bromas,
pasando así las horas muy gozosos.

Cuando callaron todos los ruidos
y la pálida luz agonizaba,
los pájaros volaban á sus nidos

y sus hojas la flor mustia doblaba,
los cuatro cogiditos por las manos
tornaban á sus casas muy ufanos.

SIN I.

Blanca como la luz que el alba arroja,
pura como la flor que el aura mece,
por ella oculto, pero noble, crece
este amor que locura se me antoja.

Cuando en llanto su faz la pena moja,
¡cuán hermosa á los ojos aparecel
Tánto el pudor en ella resplandece
que al ensalzar sus galas se sonroja.

Pero su corazón Amor no altera:
yo del suyo soñando con la palma
juré adorarla con el alma entera;

¡mas todo ve con desdeñosa calma!
¿Qué alcanzará? Que grande hasta que muera
guarde entero su amor por ella el alma.

SIN O.

Gime desamparada Magdalena
víctima de pesares que la matan;
y sus pupilas el raudal desatan
de lágrimas que acusan tanta pena.

Ayer amaba de esperanzas llena;
mas ya ¿qué dichas á la vida le atan?
¿A qué vivir si así se desbaratan
venturas en que sueña un alma buena?

¡Quién jamás tal infamia imaginase!
El que al pié del altar fe la jurase
huye y la deja en amargura hundida,

á ella, siempre buena, siempre pura.....
De esa infeliz que gime sin ventura,
¡virtud, santa virtud, se tú la egidal

SIN U.

Soneto me pedís en donde omita
la postrera vocal del alfabeto;
y en dos por tres perjeñaré el soneto
si no se llega á enmarañar la pita.

Nadie para tal obra necesita
estar de ingenio y de saber repleto:
basta paciencia, y sale del aprieto
toda persona en el rimar perita.

¡Vanidoso!—exclamais—ante el sentido
del octavo renglon; mas yo no paso
por mote, á mi entender, inmerecido.

Vanidad, si la tengo, será acaso
en haberme de sobra conocido
para no pedir sitio en el Parnaso.



AGENCIA GENERAL DE ANUNCIOS - AGUST. MARTINEZ MONTERO -

—1904.—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
AGENCIA GENERAL DE BIBLIOTECAS

